LA TRISTEZA DEL SOI

Á FIALHO D'ALMEIDA

I

En estas horas de melancolía
de gris y nebuloso desconsuelo,
sueñan mis ojos turbios con el Cielo,
la luz y el campo de mi Andalucía.

Aspiro un tibio aroma de romeros
y de jazmines. El azul chispea
de Sol, y duerme la morisca aldea
entre naranjos y entre limoneros.

Señor, un poco de reposo, en esta
vida gris de míserias y dolores...
Olvido para todos los afanes,

y adormecerse en la calina siesta
mientras sueñan los frescos surtidores
en algún viejo patio de arrayanes.

II

Del rojo Sol de estío los ardores
agostan mis jardines orientales.
Están mudos de sed los surtidores
y de sed se deshojan los rosales.

Y hasta aquel ruiseñor cuyas cantigas
perfumaron de ensueño mis veladas,
muerto le encontré ayer, lleno de hormigas,
entre las negras hierbas calcinadas.

Ni el eco errante de una voz alegra
el sopor infinito del paisaje...
Todo muere y al par todo se olvida...

Sólo la sombra de una araña negra
hila entre el esqueleto del ramaje
el tedio fatigoso de la Vida.

III

Un triangular ensueño de cipreses
rasga el cobalto fúlgido del Cielo,
proyectando en el ocre de las mieses
las sombras de su obscuro desconsuelo.

Es ceniza la jiba de la sierra;
nos asfixia la fiebre del bochorno...
Quema el aire, y parece que la tierra
es el candente respirar de un horno.

El llano es todo fuego, sin más sombra
que la de nuestro cuerpo... Alguien nos nombra
con voz ronca de sed... Y paladea

el labio las nostalgias de la jarra
que colgada á la sombra de la parra
el frescor de sus lágrimas gotea.

IV

En las arenas rojas bajo el fuego
del Sol, que en el espacio reverbera,
se yergue un esqueleto de palmera
sobre el pardo brocal de un pozo ciego.

¡Todo en la paz canicular ha muerto!
Y hasta el inmóvil mar, de Sol bruñido,
es un lago de sal, adormecido
en la tórrida margen del desierto.

Es un humo de incendio el calvo monte;
y si algún ave cruza el horizonte
desciende á las arenas asfixiada.

Ni una gota de agua se conserva
en los pozos, ni el rastro de una hierba
verdece entre la arena calcinada.

V

Es un sueño de púrpura y de oro
el Sol, en el espacio diluído,
que esmalta el bronce de la piel de un toro
en el reseco restrojal tendido.

Se levanta... La tarde centellea
en su enorme mirar lleno de orgullo,
mientras que, lento, con la cola hocea
al tábano que zumba en torno suyo.

Ve una novilla... Su mirar destella...
Y un mugido magnífico estremece
la tórrea paz de las campiñas solas.

Y al saltar, resoplando, sobre ella,
en el reseco restrojal florece
un sangriento vivero de amapolas.

VI

Cruzan el aire ráfagas de llamas,
y la sed polvorosa de los sauces
curva la sombra de sus mustias ramas
sobre la arena de los secos cauces.

Ni un pájaro los ecos importuna...
Sólo en los peñascales de un barranco
corre un hilo de agua, como una
viva cinta de acero al rojo blanco.

Del silencio los tímpanos desgarra
el continuo rasgar de la cigarra.
Junto á monda osamenta que blanquea

sobre la gris calcinación del suelo,
calvo buitre apoplético aletea,
tentando en vano levantar el vuelo.

VII

A través del verdor de la persiana
penetra la modorra del estío.
Se muere de pereza una lejana
copla entre el vago susurrar del río.

Son de plomo los miembros fatigados.
Cabecea de sueño la floresta,
y en torno de los párpados cerrados
zumba el terco abejorro de la siesta.

No se mueve ni un nervio ni una idea.
Turba el sopor de las vetustas salas
el crujir de empolvados terciopelos...

Y en el patio una clueca cacarea,
cubriendo con la seda de sus alas
el gárrulo piar de sus polluelos.

VIII

Asoma entre las tapias, empolvada,
su ramaje raquítico una higuera.
La calle bajo el Sol congestionada
el lento rechinar de un carro espera.

Todo está en el silencio amodorrado
bajo la fiebre de la tierra muerta.
Sólo algún sucio rostro desgreñado
nos acecha, al pasar, tras una puerta.

Entre el chillón reflejo de la falda,
una gitana su perfil ladino
proyecta en la empolvada carretera,

con sus cestos de mimbres á la espalda,
y un rapaz bronceado y encuerino
á horcajadas montado en la cadera.

IX

Desfallece un sollozo de cantares
á compás de las viejas campanillas.
Asfixia el polvo, y ciegan los solares
rayos sobre las tierras amarillas.

Desfilan esqueléticos los cerros
y la estéril llanura extenuada,
entre un mohoso rechinar de hierros
y un crujir de madera apolillada.

Apesta el aire el humo del cigarro.
Un aliento de fiebre el campo exuda...
Sueña nuestra pesada somnolencia

con la posada y con el fresco jarro
donde saciar la sed, mientras remuda
sus tiros la empolvada diligencia.

X

El Cielo es una ráfaga humeante.
La mano sobre el párpado atempera
la fiebre de la luz que, alucinante,
en la cal de los muros reverbera.

Es de plomo fundido el horizonte.
Seca la fauce y ciega la mirada...
Y parece el perfil del calvo monte
monstruosa osamenta calcinada.

Entre la polvareda que al Sol brilla,
como á través de una pesadilla
de sed, cruza un mastín la carretera,

tendido el rabo y erizado el vello,
gacha la oreja y con la lengua fuera
y una soga de esparto atada al cuello.

XI

Bajo el Sol, cojeando mortecina,
vendado un ojo y lánguida la oreja,
en torno de la noria que rechina
gira con lentitud la yegua vieja.

Crujen las desclavadas herraduras,
resoplan humo sus narices foscas,
y sobre las sangrientas mataduras
zumba un enjambre de voraces moscas.

A veces, olfatea en la serena
atmósfera un lejano olor á avena
recién segada... Párase un momento.

Tiembla su vientre escuálido en la cincha,
mueve la cola flácida, relincha,
y vuelve á proseguir con paso lento.

PAISAJES

Á FRANCISCO A. DE ICAZA